

Nunca es tarde
para subirse a un árbol



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *A Good Day For Climbing Trees*

En cubierta: © ilustración de Jim Tierney

© Jaco Jacobs 2015, 2018;

Originally published in Afrikaans in 2015

as *'n Goeie dag vir boomklim*;

English translation copyright © Kobus Geldenhuys 2018

This translation is published by Ediciones Siruela by arrangement with Oneworld Publications through ACER

© De la traducción, Isabel Murillo Fort

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-05-7

Depósito legal: M-17.662-2022

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

NUNCA ES TARDE
PARA SUBIRSE
A UN ÁRBOL

JACO JACOBS

Traducción del inglés
de Isabel Murillo

 Siruela

Las Tres Edades

*Para Elize, Mia y Emma,
que evitan que me vuelva invisible.*

Lavando platos

—¡Eh, tú, tontolaba!, ¿estás sordo o qué? ¿No has oído el timbre?

Apreté los dientes con rabia y derramé un chorro verde y viscoso de lavavajillas en el fregadero de la cocina.

Cuando la gente te grita de esta manera, poca cosa puedes hacer.

Opción número uno: puedes hacerte el sordo e ignorarlo. Lo cual no es muy buena idea si quien te grita es tu hermano mayor. Y mucho menos cuando tienes un hermano mayor como Donovan.

Opción número dos: puedes amenazar al que te grita con partirle la nariz si se le ocurre volver a llamarte tontolaba. Lo cual, en este caso, sería una tremenda estupidez. Donovan tenía todas las medallas de natación de la provincia, levantaba pesas a diario y engullía esos batidos de proteínas que te hinchan los músculos como globos. Y para rematar el asunto, con quince años de edad, había perfeccionado el arte de esa broma pesada que consiste en tirar del calzoncillo por la cinturilla hasta

dejarlo convertido en un tanga. Todos los calzoncillos de mi armario estaban dados de sí.

Opción número tres: puedes darle a entender, empleando muy buenas palabras, que la persona que ha llamado al timbre no viene a verte a ti, teniendo en cuenta que tu mejor (y único amigo) se ha ido de viaje a América con sus padres para pasar allí las vacaciones de Navidad. Pero, una vez más, tienes grandes probabilidades de acabar con un tirón de calzoncillos por las molestias causadas.

Opción número cuatro: puedes utilizar el orden jerárquico normal y corriente y pedirle a tu hermano pequeño que abra la puerta. Aunque, en nuestro caso, el orden jerárquico normal y corriente había dejado de existir. Adrian tenía solo nueve años pero se las había apañado para posicionarse un escalón por encima de mí. Por resumir una larga historia: me había convertido en el esclavo personal de mi hermano pequeño. Y si mi intención era conseguir algo de dinero durante las Navidades, mejor no buscarle las cosquillas y acabar malparado.

Opción número cinco: puedes dejar por un momento los platos, secarte las manos e ir a abrir la puerta.

Adivina qué opción elegí.

La chica que estaba en el porche parecía algo mayor que yo. Llevaba unos pantalones vaqueros descoloridos y el pelo castaño recogido en una cola de caballo. Los aparatos de la boca brillaron con el reflejo del sol cuando esbozó una sonrisa nerviosa.

—¿Hola? Mmm..., ¿venía a ver a Donovan? ¿Adrian..., mmm..., me ha invitado?

Hablaba en preguntas.

Suspiré y grité por encima del hombro:

—¡Donovan, tienes otra cliente!

La chica cambió el peso del cuerpo hacia el otro pie, claramente nerviosa, y se puso colorada como un tomate.

Si mi madre y mi padre llegaran a descubrir algún día lo que estaba ocurriendo en esta casa a plena luz del día, tendrían que ir a buen seguro al psicólogo. Por suerte, los dos trabajaban y no tenían ni idea de que su hijo menor estaba alquilando a su hijo mayor a las chicas del cole. Existe una palabra para calificar esta práctica: ilegal.

Adrian decía que yo era tonto, que aquello no era más que un inocente taller para trabajar la autoestima.

Era de esos niños de nueve años que conocen palabras como «autoestima». Mi padre decía que a los dieciocho o bien sería multimillonario, o bien estaría cumpliendo su primera condena en la cárcel. Mi hermano pequeño era el niño de nueve años más rico que conocía. Había empezado con sus maquinaciones para ganar dinero en el parvulario, cuando durante la temporada de *rugby* había persuadido a sus amigos para que apostaran por los partidos del fin de semana. Para cuando una madre furiosa se enteró del asunto, mi hermano ya había ganado bastante dinero. Adrian era también el único niño que yo conocía que había acabado expulsado del parvulario. Ni siquiera el hecho de que nuestra madre fuera abogada logró salvarle el pescuezo. Desde que empezó en la escuela de primaria, había estado ganando dinero con el suministro de caramelos baratos a la tienda de chuches. O, al menos, todos sospechábamos que la mayor parte de su dinero provenía de aquel negocio.

Adrian se pasaba el día tramando todo tipo de planes misteriosos para ganar dinero. Mi padre decía que prefería no conocer los detalles. Su último plan (de Adrian, no de mi padre) consistía en alquilar a Donovan para que impartiera clases particulares de besos.

Y efectivamente, chicas como la de los aparatos en la boca que acababa de presentarse en el porche de casa, y que seguía colorada a más no poder, pagaban por el privilegio de besarse con mi hermano mayor.

El año pasado, Donovan había empezado a embadurnarse el pelo con gomina y a levantar pesas y, como consecuencia de ello, se había convertido en un imán para las chicas. Cuando por las tardes iba al entreno de natación, una multitud de chicas del cole se congregaba en la piscina para admirarlo con aquel minibañador que utilizaba. Había roto más corazones que récords tenía el famoso nadador Chad le Clos. Pero por lo visto, las chicas no entraban en razón porque, desde el inicio de las vacaciones, al menos tres o cuatro de ellas habían venido ya a casa para recibir clases particulares de besos. Llegaban y se escondían con Donovan durante media hora a la sombra de la *lapa*, ese cobertizo con techo de paja que tenemos al lado de la piscina de casa. Y cuando reaparecían, lo hacían con el pelo alborotado, el lápiz de labios corrido y sonriendo como tontas. Yo no tenía ni idea de cuánto les cobraba Adrian por las clases particulares de besos ni qué porcentaje se llevaba Donovan. A lo mejor Donovan lo hacía simplemente para divertirse, porque daba la impresión de que en el cerebro solo tenía chicas. Y cloro de la piscina. No era de extrañar que hubiera aprobado el curso por los pelos.

La chica del porche carraspeó un poco para aclararse la garganta y se frotó los vaqueros con nerviosismo, claramente cohibida. Me dio la impresión de que tenía ganas de salir corriendo.

Si Donovan pasara tanto tiempo delante de los libros de texto como el que pasaba delante del espejo con la gomina y el peine, estoy seguro de que habría sacado como mínimo tres sobresalientes. Se estaba tomando su tiempo, pero no por ello invité a la chica a pasar a casa. Para alguna cosa tenía que servir que mi madre fuese abogada: conocía perfectamente el significado de la palabra «cómplice». Y yo no quería formar parte de esos supuestos «talleres de autoestima» que Adrian y Donovan se llevaban entre manos.

Donovan apareció por fin. Llevaba el pelo perfectamente engominado yapestaba a esa loción para el afeitado tan cara que mi madre le había regalado a mi padre en su cumpleaños.

—Hola —saludó a la chica con una sonrisa de oreja a oreja y me apartó de un empujón, como si yo fuese un tope para retener la puerta con el que no quería tropezar—. Ven, vamos al jardín, a sentarnos en la *lapa*.

La chica emitió una risilla nerviosa y el rojo de su cara se intensificó varios tonos antes de que desaparecieran por el porche.

Con un suspiro, cerré la puerta y volví a la cocina.

En el jardín, la bomba de la piscina seguía con su chug-chug-chug.

Y el zumbido de la nevera me recordaba el ronroneo de un gato.

En el jardín de enfrente, el señor Bones le estaba gritando algo a la esposa del reverendo, que pasaba por allí con su pastor alemán.

Unos minutos más tarde, Adrian entró en la cocina.

—¿No has acabado aún con los platos, Marnus? —me preguntó en tono mandón mientras sacaba el zumo de naranja de la nevera.

En teoría, debíamos turnarnos entre los tres para limpiar la cocina. Pero al principio de las vacaciones había pedido un adelanto de mi paga y le había comprado a Adrian una PlayStation Portable de segunda mano. Él, a su vez, se la había comprado a un amigo. El cacharro se había estropeado solo una semana después pero Adrian se había negado a devolverme el dinero, argumentando que yo se la había comprado sin ningún tipo de garantía contractual o secundaria. No estaba del todo seguro de qué querían decir esos términos. Pero el caso era que me tocaba lavar los platos cada día y limpiar la cocina a cambio de recibir una paga de mi hermano de nueve años.

Mi vida era una caca.

Oficialmente, aquellas estaban siendo las peores vacaciones de diciembre de mi vida. Me habría gustado poder disfrutar de nuestras habituales vacaciones en la playa, pero mi madre y mi padre habían decidido que iríamos tres semanas a una reserva natural durante las vacaciones de junio y por eso no querían coger muchos días en diciembre. Además, mi madre estaba trabajando en un Proceso Judicial Muy Importante y mi padre confiaba en que las compras de Navidad de este año salvaran su tienda de material deportivo de la quiebra,

lo que significaba que cogerse vacaciones ahora era impensable.

El timbre volvió a sonar con la melodía de *Jingle Bells*. La semana pasada, mi padre había sustituido el timbre normal de la puerta por uno que sonaba con villancicos. Un intento patético de incorporar un poco de alegría navideña a la casa. Sospechaba que, en junio, cuando nos marcháramos de vacaciones a esa reserva natural, y teniendo en cuenta que en Semana Santa este año aún teníamos montado el árbol de Navidad, el timbre seguiría sonando con *Jingle Bells*.

—¿No piensas ir a abrir la puerta? —preguntó Adrian.

Estaba derramando zumo de naranja en la mesa. En la mesa que yo acababa de limpiar.

Pensé en lo elevada que sería mi factura del dentista después de estas vacaciones: de tanto apretar los dientes los haría picadillo.

Volví a secarme las manos con el paño de cocina y fui a abrir la puerta.

Donde, claro está, había otra chica esperando.

Esta era rubia y parecía de mi edad. Pero sus ojos eran lo primero que veías de ella: grandes, de color azul intenso, con pestañas oscuras.

—Lo siento, pero Donovan aún está ocupado —murmuró—. Tendrás que esperar a que te toque el turno.

La chica frunció el entrecejo.

—¿Qué turno? ¿Quién es Donovan?

—¿No vienes por lo de las clases particulares de besos? —le pregunté.

La ceja de la izquierda de su entrecejo fruncido se

levantó un par de centímetros y esbozó una media sonrisa.

—¿Clases particulares de besos?

Noté que mi cara empezaba a encenderse.

—Ehh..., olvídalo. Disculpa. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Firmarías mi petición? —dijo la chica, mostrándome un papel.

Sorprendido, miré la hoja. Parecía arrancada de un cuaderno. Y contenía un listado de firmas, direcciones y números de teléfono.

—Pues... creo que no —contesté.

Mi madre siempre decía que no había que firmar ningún documento a menos que entendieras todas y cada una de las palabras que había allí escritas. Evidentemente, eso de la «garantía contractual» y la «garantía secundaria» lo había aprendido Adrian de ella.

—Es por una buena causa —insistió la chica.

—¿Qué causa? —pregunté.

La media sonrisa se transformó en una sonrisa completa.

—Si quieres, puedo enseñártelo. —Señaló el paño de cocina que yo tenía en la mano—. ¿O prefieres secar los platos?

Mi cara se calentó un par de grados más.

—Umm... es que no sé...

Estaba yo todavía tartamudeando una excusa cuando la chica empezó a reírse. Proyectó la cara hacia delante para intentar disimular la risa tapándose la boca con la mano y capté un brillo burlón en su mirada.

—Anda, vamos. Seguro que los platos pueden esperar un poco. Cuando te haya enseñado de qué va la petición, estoy segura de que la firmarás.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la verja.

—Por cierto, me llamo Leila.